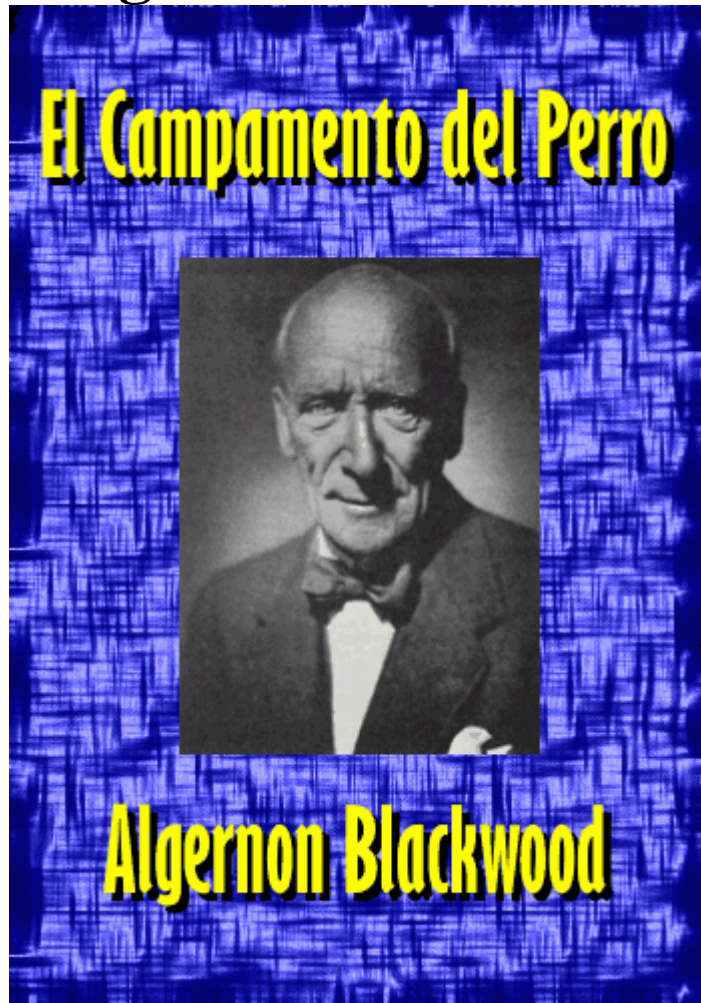


LIBRO dot .com

El Campamento del Perro

Algernon Blackwood



LIBRO dot .com

<http://www.librodot.com>

I

Islas de todos los tamaños y formas, se extienden al Norte de Estocolmo por centenares, y el pequeño barco de vapor que recorre sus intrincados laberintos en verano, hace sentirse al viajero en una especie de estado semisalvaje, mientras observa las marcas de la brújula, al alcanzar el final de su camino, en Waxholm. Pero es a partir de Waxholm cuando comienzan las verdaderas islas, cuando, de algún modo, el paisaje se vuelve más agreste, recorriendo la costa en su curso irregular de cientos de millas de embriagadores parajes desiertos; y fue en el mismísimo corazón de esta deliciosa confusión donde plantaríamos nuestras tiendas para las vacaciones de verano. Una verdadera selva de islas se extendían a nuestro alrededor: desde el simple botón de roca que conformaba un islote aislado, hasta la montañosa extensión de una milla cuadrada, densamente arbolada, y rodeada por altos arrecifes; a menudo tan cercanas unas a otras que sólo una delgada línea de agua, no más ancha que una carretera, corría entre ellas; o, en ocasiones, tan distanciadas entre sí, que estaban separadas por millas de mar abierto.

Aunque las islas más grandes contenían granjas y estaciones de pesca, la gran mayoría no estaban habitadas. Alfombradas con musgo y helechos, sus orillas mostraban una serie de fisuras y barrancos y pequeñas bahías arenosas, con extensiones de espléndidos bosques de pinos que descendían casi hasta el borde del agua y conducían la mirada a través de desconocidas profundidades de sombras y misterios hasta el interior del corazón del bosque primitivo.

En concreto, las islas en las que habíamos acampado, (tras haber pagado una suma en alquiler a un comerciante de Estocolmo), yacían juntas en un pintoresco grupo, lejos del alcance del barco de vapor, siendo una de ellas un mero islote, con un cuasi-feérico grupo de arbustos, y las otras dos, auténticos monstruos rodeados de montañas, que se alzaban sobre el mar cubiertas por enormes bosques. La cuarta, que habíamos seleccionado por contener en su interior una pequeña laguna apropiada para echar el ancla, bañarse, hacer noche, y lo que fuera, será adecuadamente descrita según avance la historia; pero, tras haber pagado aquel alquiler, podríamos igualmente haber dispuesto nuestras tiendas en cualquier otra de las centenares de islas que se agrupaban a nuestro alrededor, tan densamente como un enjambre de abejas.

Era la hora del ocaso, una tarde de julio; el aire era claro como el cristal, y el mar de un azul cobalto, cuando abandonamos el barco de vapor en las fronteras de la civilización y navegamos más allá con mapas, brújulas, y provisiones en dirección al pequeño grupo de islotes en el Skagird, que iba a ser nuestro hogar durante los siguientes dos meses. El bote y mi canoa canadiense viajaban con nosotros a bordo, junto con tiendas y útiles cuidadosamente empaquetados; y cuando la cima de una montaña se interpuso ocultando el vapor y el Hotel Waxholm, nos dimos cuenta por primera vez del horror de los trenes y las casas que quedaban detrás nuestro, la fiebre del hombre y las ciudades, lo enfermizo de las calles y los

espacios cerrados. Lo indómito se abría ante nosotros en todas direcciones, y consultábamos tan a menudo el mapa y las brújulas que nos abstraímos incluso más, y nuestro avance se hizo encantadoramente lento. Nos llevó, de hecho, dos días enteros encontrar nuestro destino, y los campamentos que levantamos por el camino eran tan fascinantes que nos resultó difícil abandonarlos y partir, pues cada isla parecía más deseable que la anterior, y sobre todas ellas descansaba una suerte de hechizo de paz encantada, alejada del tumulto del mundo, y con la libertad de los espacios abiertos y desolados.

Y pese a todos los emplazamientos de belleza natural que he contemplado y en los que he vivido, la mayoría permanecen en mi mente únicamente como una mezcla de recuerdos de su aspecto, y un mapa de cómo eran, a vista de pájaro; pero aquel lugar en concreto, lo recuerdo con inusual nitidez, debido a los extraños acontecimientos que allí tuvieron lugar, y también, creo yo, debido a que todo aquello en lo que tomaba parte John Silence, tenía el hábito de fijarse en la mente, y permanecer allí de un modo vívido.

De todos modos, en aquel momento, el Dr. Silence no formaba parte del grupo. Algún caso privado en el interior de Hungría reclamaba su atención, y no fue hasta más tarde... el 15 de agosto para ser exactos... que acordamos reunirnos en Berlín y regresar juntos a Londres para nuestros trabajos de invierno. De cualquier modo, él conocía más o menos bien a todos los miembros de la expedición, y durante aquel tercer día, mientras navegábamos por el estrecho arroyo hasta la laguna, y contemplábamos la montaña circular llena de árboles bañada en el oro y carmesí del atardecer, las últimas palabras que me dirigió al salir de Londres, por alguna extraña razón, regresaron nítidamente a mi memoria, y recordé la curiosa impresión profética que me produjo escucharlas:

-Disfruta de tus vacaciones, y almacena toda las energías que puedas,- me había dicho mientras el tren partía de la Estación Victoria; -y nos encontraremos el día 15 en Berlín, a menos que me mandes llamar antes.

Y en aquel instante, las palabras regresaron a mí con tanta claridad, que aún me parecía escucharlas con su voz: "A menos que me mandes llamar antes"; y regresaron, con más fuerza, y con un significado que yo estaba muy lejos de comprender, pero que tocaba algo en las profundidades de mi mente, una vaga sensación de aprensión, como si formara parte de una profecía.

En ese instante, en la laguna, sopló el viento de aquella tarde de julio, abriéndose paso a través del cinturón de árboles; y todos nosotros nos asomamos por la borda, sin aliento ante la belleza de este primer vistazo a nuestra isla, hablando con voces apagadas sobre el mejor lugar para desembarcar, la profundidad del agua, el lugar más seguro para echar el ancla, dónde poner las tiendas, el punto más adecuado para las hogueras, y una docena de cosas importantes que hay que concretar cuando uno se dispone a levantar un hogar en un emplazamiento agreste.

Y durante aquella agotadora hora de descarga antes de oscurecer, las almas de mis compañeros adoptaron la tarea de mostrarse a sí mismas vívidamente ante mí, y presentarse a sí mismas con franqueza.

En realidad, supongo que nuestro grupo no era demasiado singular. En nuestra vida convencional, en casa, habrían parecido ciertamente bastante ordinarios, pero de repente, mientras cruzábamos las puertas de lo salvaje, les percibí con mucha más nitidez que antes, con sus caracteres carentes de la atmósfera de los hombres y sus ciudades. Un cambio absoluto de hábitat, a menudo ofrece una extraordinaria nueva visión de la gente que uno cree conocer bien; les hace presentar otras facetas de sus personalidades. Me pareció contemplar a mi grupo, casi como a otra gente... gente que aún no había podido conocer adecuadamente, gente que había abandonado toda apariencia, y que ahora se mostraban como realmente eran. Y todos ellos parecían decir: "Ahora me verás tal como soy. Me verás sin ropas, en esta vida salvaje y primitiva. Sin todas las máscaras y velos que he dejado atrás, entre los hombres. De modo que, ¡Cuidado con las sorpresas!"

El Reverendo Timothy Maloney me ayudó a levantar las tiendas; la larga práctica hizo el proceso sencillo, y mientras clavaba las estacas y anudaba las cuerdas, sin su chaqueta, y con su alzacuellos abierto, resultaba imposible evitar la conclusión de que estaba hecho más para la vida de explorador, que para la iglesia. Tenía cincuenta años, y era musculoso, de ojos azules y corazón enérgico; y abordaba su parte en las tareas, y la de otros, sin rechistar. Daba gusto ver el modo en que manejaba el hacha, cortando las ramitas de los bastidores de las tiendas, y comprobar cómo sus ojos juzgaban que el suelo se hallara plano y sin pendientes.

Criado en su juventud en el seno de una familia acomodada, había volcado su mente en una especie de creencias ortodoxas, haciendo los honores en la pequeña iglesia local con una energía que le hacía a uno pensar en un maquinista chino; y sólo hasta hace unos pocos años no se resignó a una vida más reposada, tomando a su cargo la tutela de gente joven, para formarles, con vistas a superar sus respectivos exámenes. Aquello encajaba mejor con él. Y también le permitía calmar su pasión por el hechizo de la "vida salvaje", y pasar los meses de verano de la mayoría de los años en emplazamientos naturales de una parte u otra del mundo, llevando consigo a sus jóvenes pupilos para así combinar sus "enseñanzas" con el aire puro.

Su mujer solía acompañarle, y no había duda de que disfrutaba esos viajes, pues poseía, aunque en menor grado, la misma alegría por lo salvaje que a él le caracterizaba. La única diferencia era que mientras él lo veía como algo real, ella lo contemplaba como un interludio. Mientras él acampaba con todo su corazón y toda su mente, ella jugaba a acampar con su cuerpo y sus ropas. De todos modos, demostraba ser una espléndida compañera, y al observarla cocinar afanosamente sobre la hoguera que habíamos encendido entre unas piedras, uno comprendía que ponía su corazón en la tarea, y que cada pequeño detalle la hacía muy feliz.

La Señora Maloney de casa, que se cobijaba del sol y que pensaba que el mundo se había construido en seis días, era una mujer; pero la Señora Maloney que permanecía con los brazos extendidos sobre el humo de una hoguera de leña bajo un bosque de pinos, era otra muy distinta; y Peter Sangree, el pupilo Canadiense, con su pálida piel, y su delicada -aunque no débil- figura, permanecía junto a ella mostrando un contraste muy poco

favorecedor, mientras pelaba patatas y fileteaba el beicon con sus delgados dedos blancos que parecían más adecuados para sujetar una pluma, que un cuchillo. Ella le daba órdenes como a un esclavo, y él, además, obedecía con salvaje placer, pues a pesar de su general apariencia de debilidad, estaba tan feliz como el resto por estar en el campamento.

Pero más que cualquier otro miembro del grupo, Joan Maloney, la hija, era la única que parecía formar parte del paisaje, de un modo natural y genuino; la que pertenecía a aquel lugar del mismo modo que los árboles y el musgo, y las rocas grises que descendían hasta el agua. Pues ahora se hallaba en su emplazamiento correcto y natural, una criatura de lo salvaje, una gitana en su hogar.

A cualquiera con un ojo un poco agudo, esto habría sido más o menos evidente, pero para mí, que la había conocido durante todos y cada uno de sus veintidós años de vida, y estaba familiarizado con las súbitas abstracciones de su carácter arcaico y primitivo, resultaba pasmosamente claro. Tras verla allí, parecía imposible imaginarla de nuevo en la civilización. Perdí todo recuerdo sobre su aspecto en la ciudad. La memoria se había, de algún modo, evaporado. Esta delgada criatura que había ante mí, rezumando toda la gracia de la vida del bosque, ágil, autosuficiente, eficaz, soplando sobre el fuego de rodillas, o asando los alimentos tras un denso velo de humo, de repente parecía ser el único modo en el que uno podía verla. Aquí estaba en su casa; en Londres volvería a ser alguien oculto tras sus ropas, una muñeca artificial muy vestidita, y controlada por férreos horarios, con sólo una porción de su vida. Aquí estaba viva del todo.

Olvidé incluso cómo solía vestir, igual que olvidaría todo aquello que vestía a un árbol concreto, o las marcas de los troncos que rodeaban el campamento. Parecía tan salvaje, tan natural e indómita como todo lo que componía la escena, y más de lo que yo pueda decir.

Decididamente, no era hermosa. Era delgada, pellejuda, de pelo oscuro, y en su constitución poseía una gran fuerza física. Poseía, además, algo de la fuerza y el arrojo vigoroso de un hombre; en ocasiones era tempestuosa y pronta a apasionados arrebatos, que asustaban a su madre, e intrigaban a su afable padre por su violencia, aunque al mismo tiempo la admiraban por ello. Parecía una pagana, con un encantador rastro de arcaica hermosura pagana en su rostro y ojos oscuros. Pese a tener un carácter peculiar y difícil, hacía gala de una gran generosidad y coraje que la hacían adorable.

En la vida de la ciudad, parecía siempre estar atrapada, aburrida, como un demonio enjaulado, con una ansiosa expresión en sus ojos, como si en cualquier momento temiera ser apresada. Pero todo aquello había desaparecido en esta amplia soledad. Lejos de todas aquellas limitaciones que la atrapaban, mostraba lo mejor de sí misma; y mientras la observaba moverse alrededor del Campamento, repentinamente me percaté de que estaba pensando en ella como en una criatura salvaje que acabara de obtener su libertad y estuviera probando sus músculos.

Peter Sangree, desde luego, se fijó en ella al momento. Pero ella se encontraba tan obviamente lejos de su alcance, y parecía tan capaz de cuidarse a sí misma, que pensé que sus padres no pensarían demasiado en el asunto, y que él mismo la adoraba a una respetuosa distancia,

manteniendo un admirable control sobre su pasión en todos los aspectos salvo en uno; pues a su edad, los ojos son difíciles de dominar, y la ávida, casi devoradora, expresión que mostraban a menudo, probablemente le era desconocida incluso a él. Él, mejor que cualquiera, comprendía que se había enamorado de alguien demasiado difícil de atrapar, de algo que le arrastraba al mismo borde de la vida, y casi más allá. Era, sin duda, un secreto, y un terrible gozo para él, aquella adoración apasionada desde la lejanía; solo que pienso que sufría mucho más de lo nadie pudiera suponer, y que su carga de vitalidad era debida, en gran medida, al constante flujo de ansias no satisfechas que continuamente se agitaban en su cuerpo y alma. Más aún, me parecía, ahora que les veía juntos por primera vez, que había en ellos algo innombrable... una cierta y elusiva cualidad de algún tipo... que les señalaba como pertenecientes al mismo mundo, y que aunque la chica le ignorara, se hallaba secretamente, quizás sin saberlo, ligada por algún atributo muy profundo en su propia naturaleza, a alguna cualidad igualmente profunda en él.

Este era el grupo con el que acampé por vez primera, en el que habría de ser nuestro campamento durante dos meses, en la isla del Mar Báltico. Otras figuras aparecían en escena de vez en cuando; en ocasiones algún pupilo, en ocasiones otro, se nos unían y pasaban unas cuatro horas al día en la tienda del clérigo, pero sólo vinieron por cortos periodos, y se fueron sin dejar mucho rastro en mi memoria, y ciertamente no jugaron un papel importante en lo que ocurriría más adelante.

El tiempo nos favoreció aquella noche, de modo que al ocaso las tiendas estaban levantadas, los botes descargados, una provisión de leña recolectada y apilada en montones, y los candiles colgados a nuestro alrededor, listos para iluminarnos desde los árboles. Sangree, además, había dispuesto compactos montones de hojas y flores balsámicas para los lechos de las mujeres, y había limpiado pequeñas sendas que conducían desde sus tiendas a la hoguera central. Todo estaba preparado para el caso en que hubiera mal tiempo. Fue un reconfortante refrigerio, y muy bien cocinado, el que nos sentamos a comer bajo las estrellas, y, según el clérigo, la única comida digna de probarse que habíamos tomado desde que salimos de Londres una semana antes.

La profunda soledad, tras el rugido de los barcos de vapor, los trenes, y los turistas, resultaba impresionante, pues mientras yacíamos alrededor del fuego, no había sonido alguno excepto el débil suspiro de los pinos y el suave lamer de las olas en la orilla y contra el casco del barco en la laguna. La fantasmal silueta de sus velas blancas era visible sólo a través de los árboles, balanceándose en su tranquilo punto de anclaje, con su velamen agitándose suavemente contra el mástil. Más allá se alzaban las formas azules y borrosas de otras islas flotando en la noche, y desde los grandes espacios que nos rodeaban, llegaba el murmullo del mar y el suave respirar de los grandes árboles. Los aromas de lo agreste... aromas del viento y la tierra, de los árboles y el agua, limpios, vigorosos, y poderosos.... eran los verdaderos olores de un mundo virgen no hollado por el hombre, más penetrantes y más sutilmente intoxicadores que cualquier otro perfume en el

mundo entero. ¡Ah!... ¡Y fuertemente peligrosos, también, sin duda, para algunas naturalezas!

–¡Ahhh!– suspiró el clérigo con un indescriptible gesto de satisfacción y alivio. –Aquí hay libertad, y sitio para cuidar el cuerpo y la mente. Aquí uno puede trabajar, descansar y jugar. Aquí uno puede sentirse vivo y absorber algo de las fuerzas de la tierra, que nunca recorren la distancia hasta las ciudades. ¡Por San Jorge, voy a construir aquí un campamento permanente y volveré cuando me llegue la hora de morir!

El buen hombre estaba dando rienda suelta a su placer de hallarse ante aquel paisaje. Decía lo mismo todos los años, y lo decía a menudo. Pero más o menos expresaba los sentimientos superficiales de todos nosotros. Y cuando, un poco más tarde, se giró hacia su mujer para pasarle las patatas fritas, y descubrió que estaba roncando, con la espalda contra un árbol, emitió un gruñido de contento ante aquella vista y le echó una sábana por encima, como si para ella fuera la cosa más natural del mundo quedarse dormida después de la cena, y entonces regresó a su posición original, fumando su pipa con gran satisfacción.

Y yo, fumando también, yacía tendido, luchando contra el más delicioso sueño imaginable, mientras mis ojos se movían del fuego a las estrellas, mirando de vez en cuando la leña ardiente, y luego, de nuevo al grupo que me rodeaba. El Reverendo Timothy no tardó en apagar su pipa y sucumbir como su mujer había hecho, pues había trabajado duro y comido bien. Sangree, también fumando, se inclinaba contra un árbol con su mirada fija en la chica, con un ansia profunda en su rostro que no era capaz de ocultar, y que realmente me preocupó. Y la misma Joan, con los ojos muy abiertos, alerta, impregnados con la fuerza del lugar, evidentemente embargada por la magia de encontrarse a sí misma entre todas aquellas cosas que su alma reconocía como "el hogar"; se sentaba rígida ante el fuego, con su mente recorriendo los espacios, y la sangre bullendo en su corazón. Se hallaba tan ignorante de la mirada del Canadiense como del hecho de que sus padres se habían dormido. Más parecía ser un árbol, o algo que había crecido en aquella isla, que una chica de nuestro siglo; y cuando le hablé en susurros y le sugerí un recorrido de investigación, se levantó y me miró como si hubiera escuchado una voz en sueños.

Sangree se levantó y se unió a nosotros; y sin despertar a los demás, fuimos, los tres, por la orilla de la isla, dirigiéndonos al embarcadero. Ante nosotros, el agua yacía como la de un lago antes de ser coloreado por el alba. El aire era puro y aromático, transportando el olor de las boscosas islas que se alzaban a nuestro alrededor en el oscuro aire. Diminutas olas barrían lentamente la arena. El mar estaba cubierto de estrellas, y por todas partes respiraba y latía la belleza de la noche de verano en el norte. Debo confesar que pronto perdí toda conciencia de las presencias humanas que me acompañaban, y no me extrañaría que a Joan le ocurriera también. Sólo Sangree se sentía de otro modo, supongo, pues le oímos cantar; y me da la sensación de que absorbió toda aquella maravilla, y la pasión de aquel paisaje en su sollozante corazón, y que su dolor le pareció insignificante ante la visión de una belleza tan incomparable como incomprensible.

El chapoteo de un pez que saltaba sobre el agua, rompió el hechizo.

-En este momento, me gustaría que tuviéramos la canoa,- remarcó Joan; -podríamos remar hasta las demás islas.

-Desde luego,- dije yo; -esperad aquí e iré a por ella,- y me estaba girando para rehacer el camino en la oscuridad cuando me detuvo con una voz que no daba lugar a error.

-No; Mr. Sangree nos la traerá. Esperaremos aquí, y haremos ruido para guiarle.

El Canadiense partió al momento, pues ella sólo tenía que exponer sus deseos para que él la obedeciera.

-No te acerques demasiado al borde del agua, por si hay rocas sueltas,- le grité mientras se iba, -y dirígete a la derecha de la laguna. Es el camino más corto, según el mapa.

Mi voz viajó por las tranquilas aguas y despertó ecos en las distantes islas, que regresaron a nosotros como gente que nos llamara en la distancia. Sólo había unas treinta o cuarenta yardas sobre el risco y de descenso hasta el otro lado de la laguna, donde estaban los botes, pero había una buena milla de costa para rodear en la oscuridad hasta donde esperábamos. Le escuchamos alejarse entre las ramas, y luego los sonidos cesaron cuando alcanzó la cima del risco y descendió al otro lado, hasta la hoguera.

-No quería quedarme sola aquí, con él,- dijo la chica, con voz baja y solemne. -Siempre estoy temiendo que él vaya a hacer o decir algo...- dudó por un momento, mirando rápidamente sobre su hombro hacia el risco por el que acababa de desaparecer... -algo que acabe por ser desagradable.- Se detuvo abruptamente.

-¡Pero si estás asustada, Joan!- Exclamé con genuina sorpresa. -Eso es algo nuevo en tu carácter. Ya creía que no existía el ser humano que pudiera asustarte.- Entonces me percaté de repente, de que estaba hablando en serio... buscando mi ayuda, de algún modo... y al momento abandoné mi actitud maliciosa. -Creo que ya está bastante lejos de aquí, Joan,- añadí gravemente. -Debes ser amable con él, no importa lo que sientas. Está enormemente colado por ti.

-Lo sé, pero no puedo hacer nada,- susurró, rompiendo el silencio con su voz; -hay algo en él que... que me da escalofríos y me preocupa.

-Pero, pobre hombre, no es culpa suya si es delicado y en ocasiones parezca la misma muerte,- me reí suavemente, tomando la defensa de un inocente miembro de mi propio sexo.

-Ah, pero no es eso a lo que me refiero,- respondió rápidamente; -es algo que siento en él, algo en su alma, algo que él no sabe de sí mismo, pero que puede emerger si nos hallamos juntos. Y siento que me atañe de un modo tremendo. Agita lo que hay de salvaje en mí... muy profundamente... oh, pero que muy profundamente,... y al mismo tiempo me asusta.

-Supongo que sus pensamientos están siempre centrados en ti,- le dije, -pero es buena gente y...

-Si, si,- me interrumpió impaciente, -Ya sé que puedo confiar del todo en él. Es gentil y singularmente inocente. Pero hay algo más que...- Se detuvo de nuevo, escuchando con atención. Luego se acercó a mí en la oscuridad, susurrando... -Ya sabe, Mr. Hubbard, que en ocasiones mis intuiciones me avisan con demasiada fuerza como para ser ignoradas. Oh, si, no necesita

decirme de nuevo que es muy difícil distinguir entre el capricho y la intuición. Ya sé todo eso. Pero también sé que hay algo en lo más profundo del alma de ese hombre, que llama a algo en las profundidades de la mía. Y en estos momentos me asusta, porque no tengo modo de saber lo que es; y sé, lo sé, que algún día él hará algo que... que arrastrará mi vida al límite...- Se rió quedamente por lo extraño de su propia descripción.

Me volví para mirarla más de cerca, pero la oscuridad era demasiado grande como para distinguir su rostro. Había una intensidad en su voz, casi una pasión contenida, que me tomó completamente por sorpresa.

-No tiene sentido, Joan,- dije yo, con cierta severidad; -le conoces bien. Ha estado con tu padre durante meses.

-Pero eso fue en Londres; y aquí arriba es diferente... me refiero a que siento que va a ser diferente. La vida en un lugar como este, barre por completo las restricciones de la vida artificial de la ciudad. Yo lo sé; oh, sé muy bien lo que estoy diciendo. Yo misma me siento liberada en lugar como este; la rigidez de la naturaleza de uno mismo, comienza a aflojarse y a fluir. ¡Seguro que entiendes a qué me refiero!

-Desde luego que lo comprendo,- respondí, aunque no deseaba animarla en su actual línea de razonamiento, -y es una gran experiencia... para una breve temporada. Pero estás agotada, Joan, como el resto de nosotros. Unos pocos días respirando este aire y quedarás libre de todos esos miedos que mencionas.

Entonces, tras un momento de silencio, asentí, sintiendo que acabaría echando de menos sus confianzas si continuaba tratándola como a una cría...

-Creo que quizás, la verdadera explicación es que te da pena que te ame, y al mismo tiempo sientes esa repulsión que el animal fuerte, vigoroso siente hacia lo que es débil y tímido. Si viniera a ti con bravura y te agarrara de la garganta, gritando que estaba dispuesto a obligarte a amarle... bien, entonces no le tendrías ningún miedo. Sabrías exactamente cómo tratar con él. ¿No será algo de eso?

La chica no contestó, y cuando tomé su mano, noté que estaba fría, y temblaba un poco.

-No es el amor lo que me asusta,- dijo con cierto apresuramiento, pues en aquel instante escuchamos el golpear de un remo en el agua, -es algo en su misma alma, que me aterroriza de un modo, que nunca me habían aterrorizado antes,... y que me fascina. En la ciudad casi ni era consciente de su presencia. Pero desde el momento en que abandonamos la civilización, comenzó a hacerse notar. Parece tan... tan real aquí arriba. Me aterroriza quedarme a solas con él. Me hace sentir como si algo fuera a emerger, a abrirse camino... que él hará algo... o que yo haré algo... no sé exactamente el qué; probablemente,... pero me gustaría desfogarme y gritar...

-¡Joan!

-No se alarme,- rió ligeramente; -no haré ninguna tontería, pero deseaba contarle mis sentimientos en caso de que necesitara su ayuda. Cuando tengo intuiciones tan fuertes como ésta, nunca me equivoco; solo que no sé exactamente qué quieren decir.

-De cualquier modo, deberás aguantar aún un mes,- le dije con una voz que intentaba aparentar seguridad, pues sus maneras habían, de algún modo, cambiado mi sorpresa en una súbita sensación de alarma. -Sangree sólo se quedará un mes, ya lo sabes. Y, de cualquier modo, tú también eres un poquito rara, así que deberías ser un poco más generosa con otros bichos raros,- finalicé, con una risa forzada.

Aplicó a mi mano una súbita presión. -De todos modos, me alegra habérselo contado,- dijo rápidamente, casi sin aliento, pues la canoa estaba ya muy cerca, rompiendo el silencio como un fantasma a nuestros pies, -y también me alegro de que esté aquí,- añadió, mientras descendía hasta el agua, a encontrarse con él.

Relevé a Sangree con los remos y me acoplé en el apretado asiento, situando a la chica entre nosotros, para poder vigilarles a ambos con sólo observar sus siluetas contra el mar y las estrellas. Sobre las intuiciones de cierta gente... usualmente mujeres y niños, debo confesarlo... he sentido siempre un gran respeto, que las más de las veces no ha sido justificado por la experiencia; y en aquellos instantes me asaltó una curiosa emoción, con las palabras de la chica permaneciendo aún vívidamente en mi conciencia. De algún modo -me expliqué a mí mismo- el hecho era que la chica, agotada por la fatiga de muchos días de viaje, había sufrido una fuerte reacción de alguna clase ante el imponente y desolado escenario, y puede que además, posiblemente, hubiera sido afectada por mi misma experiencia de observar a los miembros del grupo bajo una nueva luz... y el Canadiense, siendo en parte un extraño, la había hecho reaccionar de un modo más claro que el resto de nosotros. Pero, al mismo tiempo, sentí que era bastante posible que ella hubiera notado algún sutil enlace entre su personalidad y la de él, alguna cualidad que hasta el momento había ignorado y que la rutina de la ciudad había mantenido oculta. La única cosa que parecía difícil de explicar era el temor del que había hablado, y que yo esperaba que los efectos de la vida campestre y el ejercicio, acabarían por suprimir de un modo natural, conforme pasara el tiempo.

Rodeamos la isla sin cruzar palabra. Era todo demasiado hermoso como para hablar. Los árboles descendían casi hasta la orilla y los rozábamos al pasar. Vimos sus delicadas copas oscuras, ligeramente arqueadas, con espléndida dignidad, como para observarnos, olvidando por un momento que las estrellas quedaban atrapadas en su almacén de hojas. Al oeste, en el cielo, aún quedaban restos del dorado atardecer, y contemplamos la agreste visión del horizonte, densamente poblado de bosques y montañas, llegándonos al corazón, como el motivo de una sinfonía, y embriagando nuestra mente con su belleza... todas aquellas islas de alrededor, se alzaban sobre el agua como nubes bajas, y al igual que ellas, parecían difuminarse silenciosamente en la brumosa noche. Escuchábamos el musical "drip-drip" del remo, y el suave susurro de las olas en la orilla; y entonces, de repente, nos hallamos de nuevo a la entrada de la laguna, habiendo cerrado por completo el circuito de nuestro hogar.

El Reverendo Timothy se había despertado, y canturreaba para sí; y el sonido de su voz, mientras avanzábamos por las últimas cincuenta yardas de agua, era agradable de escuchar e indudablemente dichoso. Vimos el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

